

**De Arcadia a Babel**  
**Naturaleza y ciudad**  
**en la literatura hispanoamericana**

**Javier de Navascués (ed.)**

Iberoamericana · Vervuert · 2002

Die Deutsche Bibliothek - CIP - Cataloguing-in-Publication-Data  
A catalogue record for this publication is available from Die Deutsche Bibliothek

Reservados todos los derechos

© Iberoamericana, Madrid 2002  
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid  
Tel.: +34 91 429 35 22  
Fax: +34 91 429 53 97  
info@iberoamericanalibros.com  
www.ibero-americana.net

© Vervuert, 2002  
Wielandstr. 40 – D-60318 Frankfurt am Main  
Tel.: +49 69 597 46 17  
Fax: +49 69 597 87 43  
info@iberoamericanalibros.com  
www.ibero-americana.net

ISBN 84-8489-058-9 (Iberoamericana)  
ISBN 3-89354-631-6 (Vervuert)

Depósito Legal: SE-2515-2002

Cubierta: Diseño y Comunicación Visual  
Impreso en España por: Publicaciones Digitales S.A.  
www.publidisa.com - (+34) 95.458.34.25. (Sevilla)

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro

CAMPO VS. CIUDAD EN *EL DOCTOR NAVASCUÉS*.  
NOVELA DE COSTUMBRES AMERICANAS  
DEL P. FABO DE MARÍA

CARLOS MATA INDURÁIN  
*Universidad de Navarra*

A Javier de Navascués  
(el verdadero Dr. Navascués)

El P. Fabo del Purísimo Corazón de María<sup>1</sup> (Marcilla, Navarra, 1873-Roma, 1933), de la orden agustina, aunque nacido en España, se nutrió fundamentalmente en América, a donde pasó en 1895. Al año siguiente se ordenó sacerdote en Bogotá y llegaría a ser nombrado, en 1904, prior del convento del Desierto de la Candelaria. Dejando aparte varias obras de tipo histórico, lingüístico, religioso, autobiográfico y de crítica literaria<sup>2</sup>, es autor de tres novelas (*El doctor Navascués*, *Corazón de oro* y *Amores y letras*) y un poemario (*Ruiseñores*). Sus dos primeras piezas narrativas llevan el subtítulo de *novela de costumbres americanas* y están ambientadas en la colombiana región de Casanare, donde el P. Fabo residió y ejerció su ministerio religioso. En ambas encontramos la contraposición campo (valores positivos)/ciudad (valores negativos), binomio al que cabe añadir un tercer elemento, que tiene que ver con la inclusión del elemento indígena (en este caso, la presencia de los indios guajivos, habitantes nómadas de las inmensas regiones casanareñas).

---

<sup>1</sup> Para la vida del autor pueden consultarse los trabajos de Eugenio Ayape, 1974 y Fernando Pérez Ollo, 1990.

<sup>2</sup> Algunos títulos: *Idiomas y etnografía de la región oriental de Colombia* (1911), *Rufino José Cuervo y la lengua castellana* (1913), obra que recibió el Premio de la Academia Colombiana, *Historia de la provincia de La Candelaria de Agustinos Recoletos* (1914), *Liberadas de una revolución* (1914), *Historia de Marcilla* (1917), *Historia del convento de Marcilla*

En las dos novelas *americanas* del P. Fabo el ámbito rural aparece convertido en paradigma de la verdadera civilización cristiana: se trata de un espacio idealizado, descrito con sus costumbres rústicas, sencillas y tradicionales, que constituye un punto intermedio entre la barbarie y la incultura de los indios salvajes, por un lado, y la capital, por otro, considerada como cuna del progreso y la libertad, pero con peligrosos ribetes de modernismo materialista y anticlerical. Ese mismo esquema tripartito y simbólico (indios=barbarie / campo=civilización cristiana / ciudad=progresismo avanzado) se repite de forma bastante parecida en las dos novelas aludidas, *El doctor Navascués* y *Corazón de oro*, aunque aquí centraré mi análisis en la primera de ellas. El P. Fabo –lo adelanto ya– cultiva un tipo de literatura regional-cosmumbrista y didáctico-moralizante, de cuño católico, que entronca, en el ámbito español, con la narrativa perediana, y con la de Tomás Carrasquilla<sup>3</sup>, por hablar del lado colombiano; con ambos coincide plenamente en el elogio de las formas de vida tradicionales del campo, bucólicamente descrito y elevado casi a la categoría de mito arcádico.

## 1. TRAMA NARRATIVA E INTENCIÓN

*El doctor Navascués* se publicó en 1904 en Colombia, causando bastante ruido su aparición, hasta el punto de ser calificada como “novela nacional”<sup>4</sup>. Más tarde fue reeditada por la “Biblioteca Patria”, tras ganar el premio “Giraldo Crespo” en su convocatoria de 1916<sup>5</sup>. Su

---

(1919), *Críticas y plumadas* (1928), *La juventud de San Agustín ante la crítica moderna* (1929), *Púlpito y tribuna* (1929), *Episodios de un misionero* (1930), *San Agustín, de joven* (1931), *Álbum de ideas y páginas selectas* (1932), etc.

<sup>3</sup> Del autor de *Frutos de mi tierra* y *La Marquesa de Yolombó* escribe Jaime Mejía Duque: “Ningún escritor colombiano anterior o posterior a Carrasquilla exploró y configuró tan sistemáticamente el folclore, los tipos, las costumbres y el habla de una región determinada. Su receptividad ahí no tiene límites” (1984, p. XXXIV).

<sup>4</sup> Antonio Curcio Altamar la incluye en *La evolución de la novela en Colombia*, en el capítulo VI: “La novela histórico-romántica”, al hablar de “otras novelas de autores no colombianos, pero escenificadas en la historia de nuestra patria” (1957, pp. 95-96).

<sup>5</sup> Mis citas serán por esta edición de la “Biblioteca Patria” (es el tomo número 124 de la colección), que no lleva indicación de año (pudo publicarse el mismo año 1916 de la concesión del premio, o quizá en 1917).

trama argumental es bastante sencilla. La novela refiere la llegada del bogotano Relamido Navascués, un falso médico homeópata, al pequeño pueblo de X, situado en la región colombiana de Casanare. El protagonista ha resuelto condenarse voluntariamente al ostracismo de ese apartado rincón colombiano<sup>6</sup> porque es un prófugo que viene huyendo de ciertas fechorías que ha cometido en la capital. La llegada al pueblo del personaje foráneo alterará sus sencillas costumbres y su pacífica vida social: el bogotano impondrá nuevas modas en trajes y bailes y emprenderá amoríos con varias muchachas del pueblo, manejando a su antojo a Lucía Samaniego y convirtiéndose en rival del llanero Pedro Mendoza por el amor de María. Sin embargo, al final será desenmascarado, descubriéndose su verdadera y criminal personalidad: todos sus engaños y manejos quedarán al descubierto y, completamente desacreditado, será expulsado del pueblo, volviendo a convertirse en un prófugo de la justicia. Tras la marcha del impostor quedarán restablecidos en el pueblo los valores tradicionales, cuya vigencia se había visto temporalmente alterada con su presencia.

Dos son los hilos argumentales que se entrelazan y que van construyendo la trama de la novela, dividida externamente en XIX capítulos. Por un lado, la historia amorosa de Pedro Mendoza y María, la angelical ahijada del anciano don Eduardo. El idilio de la joven pareja se verá turbado por las pretensiones del recién llegado. Despechado Navascués por el desdén de María y ridiculizado públicamente por Pedro, el falso médico planeará su venganza; con la colaboración de Lucía, consigue contagiar a María una grave enfermedad infecciosa, el *carate*, que desfigura por completo la hermosura de la joven. Para restablecerse del mal en soledad, María se retirará al hato propiedad de don Eduardo, pero en la marcha la comitiva será asaltada por los feroces indios guajivos: don Eduardo resultará herido y la muchacha, raptada por los salvajes, habrá de permanecer con ellos cinco años. El otro hilo narrativo lo constituye el afán de medro personal de Relamido Navascués, que le lleva a rondar a varias de las jóvenes solteras del pueblo, aunque sin intención de comprometerse seriamente con ninguna (más adelante se descubrirá que no podía hacerlo, porque ya

---

<sup>6</sup> "¿Acaso no es Casanare para los colombianos algo más terrible que la Siberia para los rúso, y que Ceuta para los españoles?" (p. 9).

estaba casado en la capital). En las redes del galán bogotano quedarán prendidas, en diversas circunstancias y con distintos matices, Lucía Samaniego, Pilar Contreras y Petra Revilla, hecho que facilitará la introducción de tramas secundarias de rivalidades amorosas y celos, a varias bandas.

Por lo ya apuntado se comprenderá fácilmente que estamos ante una novela de personajes tipos, de "buenos" y "malos", maniqueamente enfrentados por parejas: frente a la pura y bondadosa María, la casquivana Lucía, solterona feísima, ladina y chismosa que ve en la casta ahijada de don Eduardo una poderosa rival que la eclipsa en todos los actos de la vida social del pueblo; frente al malvado y rufián medicastro, el valiente, generoso, honrado y trabajador Pedro, amoroso novio de la virtuosa María, que terminará rescatándola del cautiverio de los indios. Ni que decir tiene que al final los "buenos", tras pasar por una serie de pruebas y vicisitudes (que sirven como piedra de toque para aquilatar su fortaleza y resignación cristiana en la adversidad) reciben el justo premio a sus desvelos: los amantes, tras esa dura separación de cinco años, vuelven a reunirse, mientras que los "malos" son castigados: el falso doctor Navascués tiene que huir del pueblo, mientras que su cómplice Lucía, sinceramente arrepentida, es perdonada y puede reintegrarse a la vida de la comunidad. Significativamente, al capítulo XI, titulado "El triunfo del pecado", le responde el XVIII, "El triunfo del amor". En efecto, la supremacía del mal sólo puede ser pasajera, y la *justicia poética* impone el desenlace feliz, con la correspondiente recompensa para los personajes virtuosos.

En fin, *El doctor Navascués* es una novela de tipo moralizante que, como ya indiqué, fue publicada en la "Biblioteca Patria", instrumento del Patronato Social de Buenas Lecturas que, con textos irreprochables desde el punto de vista moral, trataba de contrarrestar el pernicioso influjo de la literatura —en particular la novela— *naturalista*, considerada indecente y peligrosa. Una declaración de intenciones del Patronato se reproduce en los tomos publicados por la "Biblioteca Patria":

Nuestros pueblos latinos no tendrán independencia sino a condición de que en ellos predominen estos dos factores fundamentales del genio de la raza: la religión católica y el casticismo del idioma. El verdadero patriotismo consiste, pues, en fortificar dichos baluartes contra la hostilidad de

las naciones imperialistas. A esto aspira con sus obras el Patronato Social de Buenas Lecturas<sup>7</sup>.

Y en el apartado "Obra social de los premios personales y fomento de lecturas gratuitas", reproducido como apéndice tras el texto de la novela, leemos:

Con pretextos de resurgimiento o renacimiento de nuestra literatura, ven la luz Bibliotecas en las cuales, con promiscuidad escandalosa, se publican libros de autores católicos de la mayor ortodoxia al lado de los más procaces y criminales engendros de una inspiración dementada y pestilente que bajo el nombre de *naturalismo* encubre la más punible inmoralidad con que escritores sin pudor tratan de corromper a la juventud excitando sus pasiones, envileciéndola e inhabilitándola por tanto para la lucha de los grandes ideales.

En el capítulo XII de sus *Episodios de un misionero*, "Mi primera novela", el P. Fabo explicita algunos de sus propósitos al redactar *El doctor Navascués*, con estas palabras:

A mis labores de maestro de escuela y de misionero, recién ordenado sacerdote como estaba, proyecté unir el de escribidor de novelas, a modo de prolongación del apostolado; como si dijera, la enseñanza de verdades morales en el púlpito revestido de flores y armonías literarias<sup>8</sup>.

El autor es consciente de que otros ilustrados entretienen sus ocios con libros "de frivolidad perniciosa" y entiende "en toda su realidad el alcance de propaganda mala que las lecturas producen"; entonces, explica, "urdí una novela corta con tendencias moralizadoras". Le preocupaba en particular el problema de los advenedizos que vienen de las ciudades y dominan a los campesinos y a los indios con manejos y artimañas diversas, ejerciendo sobre ellos influencias desmoralizadoras:

---

<sup>7</sup> En el mismo tomo pueden leerse "Algunas opiniones referentes a la 'Biblioteca Patria'", datos sobre la "Obra social de los Premios Personales y fomento de lecturas gratuitas", el "Reglamento de la Obra social de los Premios Personales y fomento de lecturas gratuitas", una indicación "Al que leyere", y el "Boletín de inscripción de premios personales", con la indicación de algunos.

<sup>8</sup> P. Fabo de María, 1947, p. 68.

A impedir, pues, este influjo, a contrarrestar la conducta de los advenedizos, tendería el argumento novelesco, pintando al vivo los desmanes de los unos, a la vez que la hospitalaria sencillez de los otros, en medio de aquella naturaleza portentosa, poco conocida aun de los mismos nacionales<sup>9</sup>.

En cuanto al estilo de la novela, podríamos resumir que es la del P. Fabo una prosa con ecos decimonónicos, no sólo por su carácter regional-costumbrista sino también por las técnicas narrativas manejadas, que son muy elementales. A lo ya comentado sobre los personajes planos, sin verdadera profundidad psicológica, añádase la introducción de un narrador omnisciente en tercera persona (un narrador parcial, que toma partido a favor o en contra de sus personajes; al falso doctor Navascués lo designará con calificativos negativos del tipo *medicastro*, *mediquín*, *doctorcillo*...), que se vale de técnicas y recursos narrativos sencillos<sup>10</sup>. Por lo demás, son claramente perceptibles las huellas del realismo costumbrista del XIX, sobre todo de Pereda<sup>11</sup>, sin olvidar algunos pequeños guiños de raigambre clásica, en especial cervantina<sup>12</sup>.

## 2. LA CONTRAPOSICIÓN CAMPO/CIUDAD

La acción de la novela transcurre en su totalidad en un innominado pueblo de Casanare (el pueblo de X, se le denomina vagamente al comienzo), en algunos hatos de los alrededores y en la ranchería de los indios guajivos a donde es trasladada María tras el rapto. No hay ninguna escena localizada en Bogotá, aunque la vida de la capital, tan dis-

<sup>9</sup> P. Fabo de María, 1947, p. 70; añade que escribió la obrita, una "novela de costumbres de la tierra", "lo mejor que pude".

<sup>10</sup> Por ejemplo, cuando ocurren escenas simultáneas, señala: "Dejémoslos, pues, que organicen el convite, mientras nosotros penetramos en la casa de don Eduardo, y oímos la conversación que sostiene con Pedro" (p. 29). O introduce afirmaciones generales de tono moralizante: "Hay desgracias en la vida que, si el corazón humano no hubiera sido creado para sufrir, serían injustas por lo intolerables" (p. 96).

<sup>11</sup> A título de muestra, recordaré que el capítulo I de *El doctor Navascués* se titula "Peñas abajo".

<sup>12</sup> Por ejemplo el chiste con *caballerísimo/Relamidísimo* (p. 32) evoca el famoso pasaje del *Quijote* en que Sancho juega con varios superlativos en *-ísimo*; la frase "Era la del alba" (p. 96) recuerda "La del alba sería", etc.



tinta de la del pueblo, está continuamente evocada a través de la figura del falso doctor don Relamido Navascués. Él será el encargado de poner de relieve el contraste entre los modos de vida de la civilizada Bogotá y las –en su opinión– atrasadas costumbres de sus convecinos en el pueblo. El análisis de los personajes, dado su carácter de tipos con alta carga simbólica, nos permitirá apreciar esa oposición campo/ciudad y los distintos valores representados por unos y otros, es decir, la maniquea contraposición de un espacio idealizado positivamente como núcleo de la civilización cristiana y un espacio idealizado negativamente como ámbito del progresismo antirreligioso, avanzado e inmoral.

### 2.1. *Relamido Navascués (valores negativos de la ciudad)*

El retrato del personaje que da título a la novela, don Relamido Navascués (el nombre de pila es ya elocuente), se nos ofrece con claridad meridiana desde el primer capítulo. El narrador –que pronto toma partido en su contra, cargando las tintas en su descripción– nos indica de entrada que es un aventurero, un prófugo de la justicia, natural de la capital, donde ha cometido algunos delitos, que no tiene propósito de enmienda rehabilitadora y que planea aprovecharse de su estancia entre los casanareños: “Pensaba muy para sus adentros que, siendo él un hombre de mundo, y oriundo nada menos que de Bogotá, podría engatusar a cualquiera, mucho más a aquellos llaneros ignorantes y salvajes, como él los creía” (p. 9). Alejado de la gran ciudad, se va a fingir médico homeópata (en realidad, no tiene ningún título) porque quiere hacerse rico, aunque sea a costa de matar a todos los enfermos o sanos que caigan “en la remanga de sus recetas antimédicas” (p. 9). Es además un presumido que piensa podrá conquistar a todas las mujeres de aquella remota región: “¿No consideraba acaso a las sencillas casanareñas como inmundas perrillas que se colgarían, desde que lo vieses, de la faldamenta de sus levitas?” (p. 10). La idea de fácil triunfo –económico y amoroso– que tiene el prófugo reinoso (“hombre del interior”) se tambalea cuando se asoma desde un barranco a la majestuosa inmensidad de los llanos casanareños:

¡Oh! El panorama turbó por completo su alma; por un momento creyó que su cabeza se dilataba tanto como aquellas llanuras infinitas, inunda-

das de luz. Sus ojos, fijos en el horizonte, rebelaban la admiración y el espanto que lo embargaban. Unas pampas sin límites, verdes como la esmeralda y salpicadas a grandes trechos por manchas ya amarillentas, ya negruzcas, ya azuladas, según las selvas y terrenos que las dibujaban; ríos anchurosos que serpenteaban en silencio por todas direcciones, y que parecen vías de ninfas, orillados de cintas larguísimas y anchos flecos de ramaje, lagunas extensas, en cuyo fondo se retrataba el azul del cielo, y el sol esplendoroso que bogaba, y la nubecilla errante empujada por la brisa, y donde dibujábanse invertidos los arbustos y juncos de las orillas; aquellas llanuras, en fin, la expresión más acabada de un mar solidificado, la maravilla natural más sorprendente de Colombia, aturdieron al caminante de tal modo, que no pudo apartar la vista de ellas por largo rato (p. 10).

Inmediatamente se apunta otro rasgo negativo, su ignorancia y credulidad, pues los llaneros se le representan ante su imaginación "amarillentos, acalenturados, antropófagos, que salían a su encuentro aullando, comiendo tierra a puñados y con dos o tres varas de rabo peludo" (p. 11). Sin embargo, el forastero se repone pronto de la impresión que tan colosal paisaje le ha causado y vuelve a considerar que fácilmente se hará el dueño y señor de la comarca, soñándose ya convertido en "ídolo de aquellas gentes incultas, que quedarían estupefactas y patitieras al ver su talento, sus finas maneras, sus vestidos elegantes, de buen tono" (p. 11), y a las que piensa deberá educar para que dejen de ser una partida de salvajes. Este capítulo primero se cierra con la descripción general del pueblo y de sus sencillas y trabajadoras gentes, que contrastan radicalmente con el bogotano, en todos los sentidos:

Luego como entrara en el pueblo de su destino, comprendió la calidad del mismo: vio a las gentes garbosas, afables sin gazmoñería, limpias de traje, rústicas, pero con despejo rayano de cultura ciudadana; de tez morena, secas de miembros y de mirar franco y vivísimo. Las calles anchas, tiradas a cordel, a las que daban vista hileras de edificios por lo general de piso llano, aiosos, cubiertos con hojas de palmera y festoneados con enredaderas y trepadoras ondulantes, de vario color y forma que contrastaban con el blanco calizo de los muros y con las ventanas y puertas muy holgadas a las que se asomaban rostros de mujeres de rasgos marcadamente andaluces (p. 12).

En el almuerzo llanero de celebración del cumpleaños de Lucía Samaniego, al que Relamido no asiste, los invitados se dedican a desollar al guate ("forastero"): otros guates, comentan Lucía y Petra, han

pasado antes por allí y han cometido diversas atrocidades; y algo malo comienzan a sospechar del nuevo, cuando señalan, medio en broma, medio en serio, que a lo mejor tendrán que elevar un informe al Gobierno acerca de su conducta. Don Eduardo, viejo juicioso, previene a sus paisanos contra la llegada de personajes de semejante calaña. Estas son sus palabras, expresadas en su peculiar habla, que trata de reflejar los rasgos lingüísticos llaneros:

—Lo guate (...) siempre se me han atragantao; son bicho de pelaje raro que no se aclimatan má nunca en eta llanura. E una desgracia viví abajo, porque, cuando lo de arriba barren, no cae toíta la basura. Yo he conosío a mucho de eso *taco*, y de siento la mitá se han vuerto de la pier de *Lusio*. Yo no quiero desí que no vengan a Casanare guate, lo que hase farta e eso; pero que vengan bueno; gente honrada que sepa trabajá. ¿Miento o qué? (pp. 18-19).

El retrato físico y moral de Relamido Navascués se completará en el capítulo III. En el pueblo hace ver que es persona de méritos, que pertenece a una familia acaudalada y pudiente. Con su palabrería, sus modales desenvueltos, el prestigio que le da el desempeño de su profesión médica y, sobre todo, su desvergüenza, consigue ganarse la confianza de aquellos "sencillos llaneros" (p. 22). Otros rasgos negativos van completando su descripción (pp. 22-23): es un tipo tenoriesco, con verdadera obsesión por la pulcritud de su bigote (que le da alcurnia europea, para distinguirse de los indios, que no tienen); se destaca su blancura de cutis (usa cosméticos, que lo convierten en un lindo casi afeminado: recuérdese su nombre, bien elocuente a este respecto); y, pese a vivir en un pueblo pacífico, lleva pistola. Su buena presencia y la galanía de su lenguaje le bastan para ser admirado por todas las señoritas, y también por los señoritos. Al principio, disfraza su insuficiencia y su codicia con el manto de la caridad y la filantropía; pero luego, cuando gana algo de dinero, surge el tenorio que lleva dentro y se dedica a gallear a *lo guate*. Relamido, como hombre corrido, tiene además ribetes de indiferentismo religioso (otro rasgo que lo distancia de los religiosos habitantes del pueblo<sup>13</sup>). El narrador remata con una fina ironía final la etopeya del mediquín:

---

<sup>13</sup> En el capítulo IX comentará Lucía que el doctor no está en misa, y que no acude a las celebraciones religiosas todos los domingos.

Por lo demás, el carácter de Relamido no podía clasificarse como tumultuoso ni pendenciero; tenía más vanidad que orgullo; en intrigas femeniles parecía un lince, en jaranas de hombres no valía un pito; asombradizo con repuntas de taimado, en la lengua mostraba el talento, en el tocado sus armas y en los salones los triunfos; valga la frase: cuerpo de hombre y alma de mujer. (...) Por lo demás (...) bellissimo sujeto (p. 26).

El primer encontronazo con las gentes del pueblo tiene lugar con motivo de la celebración de la fiesta nacional el día 20 de julio. El pulido doctor quiere solemnizar el gran día de la patria "a lo civilizado" con una velada literario-musical, un baile de gran tono, un paseo cívico, etc.; sin embargo, los del pueblo tienen pensadas otras celebraciones: carreras de caballos, bailes populares, asados de becerra a la llanera, salvas de escopetas..., festejos que repugnan al falso médico: "quedó firmemente convencido de que los pamperos son incapaces de civilización, cuando se trata de quitarles sus inmemoriales costumbres y juegos regionales" (p. 28). Irritado por su fracaso, decide deslucir los festejos del pueblo organizando para ese mismo día una jira en Las Palomas, el hato de su amartelada Petra, con cuya ayuda logra que acepten su invitación las familias más destacadas del pueblo. También convence a don Eduardo para que asista con su ahijada María; al anciano le explica así su punto de vista:

—¡Oh! No tienen un tris de vergüenza. ¿Todo un 20 de julio y celebrarlo así? Eso es atroz, es atrocísimo. ¿Qué dirían en Bogotá, si supieran que en Casanare se celebra el gran día de la libertad con salvajadas? (p. 33).

A lo que responde don Eduardo: "llanero hemo nasío y llanero hemo de morí, y má náa" (p. 33). El viejo le explica que en el pueblo celebran la fiesta patria a su manera, como han hecho siempre, con entusiasmo y honradez. Están de acuerdo en que las costumbres y usos propios son expresión de la cultura de un pueblo, pero discuten precisamente sobre qué cosa sea libertad y progreso. "—Digan lo que quieran los chistes de usted, es un hecho que las gentes de por aquí no tienen cultura, ni patriotismo ni amor a la libertad" (p. 34), insiste Relamido. Y replica de nuevo el anciano:

—¡Je! ¡Je! Pero tienen lansa y cabayo para defendé su hogá, su pueblo, su Casanare. (...) Para er yanero no hay má patria que Casanare, y por

Casanare daría la vía. ¿Y sabe uté por qué Casanare e toda la patria del casanareño? Pue porque no le han dao má, porque lo dejaron aquí sin cuido, como beserro desmedrao y *pestoso* (pp. 34-35<sup>14</sup>).

El capítulo VIII insiste en los trastornos de diversa índole causados por la llegada de don Relamido, por ejemplo los cambios en los trajes (cuando llega Lucía, Petra se está cosiendo un vestido con *mangas de golondrina*, según unos patrones de moda que le ha entregado el forastero, recortados de una revista). Cuando Lucía le pregunta las novedades de la población, su amiga se queja amargamente: “—Casi nada, hija. Nos vamos a podrir en este pueblo tan triste, tan muerto; ni un baile, ni una reunión divertida, ni un paseo, nada, nada; esto aburre a cualquiera” (p. 59). De eso precisamente se lamentará don Eduardo al final del capítulo IX: del hecho de que el pueblo se encuentre transformado desde que llegó Navascués, y de que los jóvenes sólo piensen ahora en frívolas diversiones y vanos galanteos: “—El pueblo se ha cambiao desde que vino ese. Ya no pensai sino en baile, en juerga, en moda; y no sabeí hablá de otra cosa que de novio y *rochela* y *guachafita* [“jaranas y enredos”]. No te voy a traé al pueblo má nunca” (p. 67), reprende a su ahijada María.

El primer escarmiento que recibe el falso doctor Navascués se lo da Pedro, el novio de María. Al pasar por la calle con su caballo, el joven llanero salpica de barro al peripuesto Relamido; discuten ambos y el reinoso saca su pistola; sin embargo, el llanero no tiene problema para tumbarlo de un puñetazo, alzarlo a pulso y dejarlo sentado sobre un muro, a la vista de todo el mundo (cap. IX, “Una comedia en la calle”). “Relamido Navascués, médico y principio y fin de todas las cosas” (p. 68), no olvida el bochorno público del vergonzoso sainete que ha protagonizado y decide vengarse: para ello se propone como objetivo conquistar a María, quitársela a Pedro. Sintiéndose “primer *chicharrón de toda cazuela*” (p. 74), acude al baile del cumpleaños de María, en el que, por cierto, alternan los rigodones y otros bailes novedosos por él introducidos con “los *joropos, bambucos, corridos* y *escobillados* de la tierra” (p. 75). Pero también en esta ocasión el fatuo galán va a quedar en ridículo: por un lado, se pone a cantar y lo hace fatal; y luego da

---

<sup>14</sup> Sigue una descripción de Casanare y de sus principales riquezas (p. 35).

por buena la historia que le cuenta don Eduardo para embromarle, haciéndole creer que los llaneros comen hierba y tienen rabo. Para dar veracidad a su relato el jacarandoso anciano saca una cola de mono, que dice es la suya; le explica que también Pedro Mendoza tiene rabo, como todos los llaneros, y Navascués da vueltas en torno a su rival tratando de encontrárselo, provocando la risotada general; acto seguido, Pedro lo arroja de la reunión.

Y este es el principio del fin de su efímero influjo en el pueblo. Todos los habitantes se darán cuenta de que Navascués no es más que un *intrépito* ("entrometido"), un intruso, un pícaro reinoso, y se pondrán de acuerdo para expulsarlo de la población. Tal sucede en el capítulo XIV, titulado "Un auto de fe". Petra acude a entrevistarse con don Eduardo y le propone dar un escarmiento al ladino guate. Le cuenta que Lucía, incomodada con Relamido, que manda en su ható como si fuera suyo, está ya arrepentida de sus escándalos (hacen vida común, pero él no se decide a casarse, dando siempre largas a sus propuestas en ese sentido). Las mujeres casaderas del pueblo están dispuestas a vengar conjuntamente los insultos recibidos por el lindo bogotano, y creen que todo el pueblo las ayudará en su empeño: ahora nadie quiere al guate, porque saben ya que, bajo su tramposa apariencia, se esconde tan sólo un grandísimo farsante. Y así lo hacen. Varias llaneras entran en la habitación de don Relamido, al que atrapan cosiendo su chinchorro; entonces, con verdadero encono, lo acribillan pinchándole con alfileres; tras exhibirlo por las calles, lo sacan a las afueras y lo expulsan, yéndose el falso doctor "como una nube tormentosa". Las mujeres lo despiden con estas palabras: "¡Adiós, *ño* guate, hijo de la *chucuta!* ¡Anda y di lo que son las llaneras cuando vengan su honra ultrajada!" (p. 104). Acto seguido, queman públicamente todos sus vestidos y objetos (a esto alude el título del capítulo), con lo que exorcizan simbólicamente la mala influencia del capitalino:

En medio de la plaza chisporroteaba una hoguera. En ella echáronse todos los vestidos y objetos del guate. ¡Adiós levitas, corbatas, bastones, paraguas, tarjetas y cosméticos! ¡Ya no seréis incentivos de perdición para las sencillas casanareñas! (p. 104).

Y "las inquisidoras" escupen con asco al fuego, "que seguía chisporroteante y alegre como si participase de la algazara de los especta-

res" (pp. 104-105). Más tarde, Lucianito contará una noticia que ha leído en la prensa: Relamido Navascués es en realidad Juan Juárez, que anda prófugo por Casanare tras haber cometido un delito de hurto; se confirma, además, que estaba casado, como sospechaban algunos.

En realidad, el doctor Navascués es el único personaje negativo de la novela, pues incluso su cómplice, su enamorada Lucía Samaniego, se arrepiente al final de la colaboración que le ha prestado. Lucía, solterona empedernida, luchará contra María, en la que ve a una peligrosa rival, y llegará a ayudar al medicastro en su proyecto de venganza, pero en realidad no es mala, como se encarga de enfatizar el narrador desde muy pronto: "Sin embargo, la Samaniego no tenía mal corazón ni verdadero odio para con la ahijada de don Eduardo: era vanidosa y fatua, pero de buenos sentimientos" (p. 15); y en el capítulo IX se insiste en que Lucía odia a María, pero sin ser capaz de cometer un crimen perverso<sup>15</sup>.

## 2.2. *Don Eduardo, María y Pedro (valores positivos del campo)*

Don Eduardo, su ahijada María y el novio de ésta, Pedro, encarnan los valores positivos del pueblo: son personajes sencillos, de costumbres cristianas, trabajadores y bondadosos. Así, don Eduardo es un llanero de pura cepa, amante de la tierra (véase su descripción en p. 39). Es un viejo chancero, muy amigo de la sandunga, que de continuo lanza sus agudezas, que habla siempre "con aquella donairosa y muy sutil observación que gastan los hijos de las pampas casanareñas" (p. 20), y que gasta, en fin, "patente de viejo donairoso" (p. 49). Simboliza, de alguna manera, el espíritu patriarcal del pueblo.

María, joven de 18 años, es el personaje más idealizado, toda belleza y bondad, a la manera de las heroínas románticas: "Hacendosa, recatada, sumisa, muy devota" (p. 38), ella es "el fruto más dulce de la vecindad" (p. 63). Las descripciones que de María se nos ofrecen (por

---

<sup>15</sup> Aunque es ella quien proporciona a Navascués la sangre de una criada enferma para contagiar el *carate* a María, luego tiene remordimientos de conciencia, se arrepiente sinceramente y pide perdón ante Dios y ante los hombres.

ejemplo en las pp. 37 y 70) nos la retratan como una "espiritual Níobe". Es la hija de unos sirvientes de don Eduardo; su madre murió al dar a luz y poco después falleció su padre en el campo. Los amos, sin hijos, adoptaron a la huerfanita y la cuidaron como si fuera su hija. María fue educada como una princesita, "cuanto cabe en aquellos parajes rústicos donde los panoramas de la naturaleza, grandiosos, uniformes, luminosos y solitarios se armonizaban muy bien con las costumbres de pueblos medio pastores y medio agrícolas" (p. 38). A su belleza física une las cualidades de su belleza moral: la ternura, el cariño, el pudor, la caridad cristiana (como lo demuestra en la enfermedad de su madrina, desviviéndose por atenderla). Es una niña amable, de carácter sensitivo, que vive siempre en el santo temor de Dios. Otras virtudes adornan a la doncella: no murmura de nadie, es un alma pura, llena de sencillez; habla poco y con discreción, "el don más raro cuanto encantador en una mujer" (p. 39), al sentir del narrador.

El rostro de María, contagiada por Navascués del incurable *carate*, queda completamente desfigurado (cfr. pp. 84 y 118). Esa es la cobarde venganza de un hombre sin escrúpulos: arrebatarse la belleza a una joven candorosa. Sin embargo, para su novio Pedro, María sigue siendo bella, porque admira sobre todo su hermoso corazón. Cuando al final se reencontran ambos en medio de la *guajivera*, Pedro no la reconocerá (además de las manchas de la enfermedad, se ha horadado la nariz y las orejas), y María a él tampoco. Entre los indios, María se ha convertido en la capitana Buayó ("la blanca"), siendo respetada por todos ya que el cacique Ysotopajá ("padre del fuego") la ha elevado al rango de sacerdotisa al ver que la joven mantiene comunicación con un ser superior<sup>16</sup>. Una vez a salvo de los indios María se cura del incurable *carate* —actúa la *justicia poética*— gracias a una pócima preparada por los guajivos (y que mientras estuvo entre ellos no quiso tomar, precisamente para no parecer bella y excitar sus torpes pasiones). Tras escapar con su amado Pedro sí bebe la secreta medicina y desaparecen de su rostro todas las huellas de la enfermedad, y la joven se hermosea día a día: "Por momentos se borraba la capitana Buayó, y reinaba la angelical María" (p. 129).

Pedro Mendoza, el fiel novio de María, pertenece a una de las familias "adineradas y raizales del pueblo" (p. 30); ha recibido una educa-

<sup>16</sup> Véase la descripción de María como blanca visión misteriosa (p. 124).



ción honrada, que lo ha convertido en un mozo decente y trabajador, bien distinto de los que se limitan a vegetar "con la savia del presuuesto, pegados a una silla oficinesca". Además de su vigor físico, el narrador destaca su buena presencia (cfr. su retrato en la p. 31), sentenciando que: "Era un llanero de chaqueta y corbata, pero no doctor ni Relamido" (p. 31). Más adelante se añade que Pedro es un "novio algo tosco, pero intachable y rico" (p. 63). Cuando su amada es cautivada por los feroces guajivos, Pedro no la olvida. Sabedor de que "nada es imposible a Dios y a un corazón decidido como el mío" (p. 107), se muestra dispuesto a rescatarla aunque para ello deba correr mil peligros. Tras recordar las palabras de María: "Que sepa Peruchito que lo amaré hasta la muerte", exclama convencido ante don Eduardo: "Ella me llama; mi obligación es salvarla" (p. 108). Si no sale con bien de su intento de salvarla, todos sus bienes —indica— deben quedar para las misiones; si la libera, ofrece la mitad de su herencia para fabricar una corona de oro a la Virgen de los Dolores de Manare. Valiente y decidido, Pedro aprende el lenguaje guajivo, se disfraza de indio y se mete entre las tribus hasta encontrar a María y conseguir huir con ella.

Como vemos, los personajes principales se construyen por parejas antagónicas: María/Lucía y Pedro/Relamido. María, con su sencillez, elegancia, candor y recato resulta querida por todas las jóvenes del pueblo, excepto por Lucía Samaniego, que es su retrato en negativo: feísima (cfr. su descripción en la p. 15; es de raza etiópica, abundante en Casanare), derrochadora y casquivana, y "con plétora de soltería" (p. 63). El joven llanero es valiente, y le bastan sus puños para defenderse, mientras que el bogotano es decididamente un cobarde y necesita llevar pistola (en el capítulo VII, Navascués huye cuando el tigre sorprende a los excursionistas, mientras que Pedro lo mata y corta su oreja para María como prueba de su valor). Esta construcción de los personajes con rasgos antitéticos se observa incluso en pequeños detalles. Por ejemplo, para pagar unas deudas contraídas en el juego, Navascués no vacilará en empeñar un anillo con la imagen de la Virgen de Manare que Lucía le había regalado<sup>17</sup>; en cambio, el regalo que Pedro da a María por su cumpleaños, un crucifijo de palo de rosa y

---

<sup>17</sup> El anillo había pertenecido antes a la madre de Lucía; gracias a don Eduardo, que lo rescata, logrará recuperarlo.

oro, le servirá de consolación en su cautiverio entre los indios. Pedro agasaja a su novia con una bella serenata; por el contrario, Relamido demuestra ser un pésimo cantor, etc.

El final de la novela, ya lo he señalado, es convencional y alegre: tras la huida de Relamido, expulsado del pueblo, Pedro y María podrán ser felices, y lo mismo don Eduardo (se supone que la pareja será el báculo de su vejez); Lucía, una vez arrepentida, es perdonada por Pedro y María, porque "pecadores arrepentidos quiere Dios" (p. 130). La obra se cierra con la peregrinación de los cuatro personajes a Nuestra Señora de los Dolores de Manare, la Reina de las Llanuras, a la que ofrecen una corona de oro y joyas, en la que han grabado estos textos latinos: "*Refugium peccatorum*", Lucía; "*Consolatrix afflictorum*", don Eduardo; y "*Auxilium Christianorum. | Ora pro nobis*", la joven pareja de amantes.

### 2.3. *Los indios (la barbarie)*

Los indios guajivos representan, en el esquema narrativo del P. Fabo, el estado de barbarie e incultura. Su presencia en la novela sirve, en primer lugar, para introducir un elogio de la tarea de los misioneros (pp. 36-37), que sacaron de la selva a los indios para hacerlos libres y cultos, como le explica don Eduardo a Relamido. Sin embargo, el progreso y la libertad mal entendidos hicieron que los misioneros tuvieran que marcharse de aquella región, circunstancia que condenó a los indios a volver al monte para seguir siendo salvajes. El médico responde diciendo que el misionero es un personaje avaro, y se ampara en la historia del tesoro de Caribabare, cuya búsqueda provocó una hecatombe, una gran matanza de indios (pp. 89-90<sup>18</sup>).

Las pampas de Casanare son interminables llanuras deshabitadas, tan sólo frecuentadas por las fieras y los indios nómadas, que viven sin ningún tipo de civilización formando tribus o *capitanías* (cfr. su descripción en la p. 88). Cierta crítica a la actitud de los blancos apunta cuando el narrador adopta el punto de vista de los indios y explica

---

<sup>18</sup> Este suceso es aludido también en el capítulo XX, "Al pasar un río", de *Episodios de un misionero*.

su creencia de que fueron robados en otro tiempo por el *blanco ladrón*, como llaman ellos al civilizado; por eso, y como, además de ladrón, lo consideran asesino y enemigo mortal de su pueblo, para los indios "matar a todo el que se deje, es no sólo justo, sino meritorio delante de Dios, que formó al guajivo dueño único de las pampas" (pp. 88-89). En ese contraste entre civilizador y nómada, el primero bien puede salir malparado. Por ejemplo, el narrador juzgará que Relamido Navascués es más salvaje que los indios; y Lucía también se confiesa, por su propio comportamiento, más degradada que ellos. En cualquier caso, de todos los blancos, los misioneros son los únicos que han sabido ganarse cierta autoridad moral sobre los indios, ejerciendo un beneficioso influjo en sus costumbres. A lo largo de la novela se ofrecen datos sueltos sobre las misiones y las labores de los religiosos (se recuerda, por ejemplo, la gramática guajiva preparada por los padres agustinos recoletos).

La presencia de los indios se concreta en los capítulos XII-XIII y XVII-XVIII, los más "exóticos" de la novela, con motivo del cautiverio de María. Se nos ofrece una descripción de los salvajes desnudos, se dan datos de las ranherías de la tribu (los guajivos suelen ponerlas cerca de los ríos, y queman la sabana para cazar), se menciona su "lengua aglutinante y áspera" (p. 93), etc. El P. Fabo describe esa ranhería como una madriguera de salvajes y fieras (p. 118), en especial en el momento en que celebran la orgía del novilunio, entregándose al placer y la embriaguez; la crápula convierte a estos seres de alma inmortal en bestias racionales, en auténticos puercos. Sin embargo, hay que recordar que pese a pasar cinco años en la *guajivera* con "nómadas brutalmente cerriles, casi antropófagos" (p. 127), María ha conservado la vida y la inocencia, y ha sido así precisamente por el prestigio de las enseñanzas de la moral cristiana.

En efecto, los salvajes la han respetado y convertido en su sacerdotisa (la capitana Buayó) y sienten por ella un temor supersticioso. Pese a estar inermes su virginidad entre aquellas "fieras humanas" (p. 95), logra que el cacique Ysotopajá ("padre del fuego") sienta por ella un amor reverencial y no la convierta en "instrumento de satisfacciones de serrallo"; al contrario, la joven le hace jurar que no le arrebatará su virginidad, explicándole que es la principal virtud de la doncella cristiana; a cambio, ofrece María, será una especie de diosa de su *capitanía*. Con su carácter dulce y bondadoso, logra apaciguar todas las malas

pasiones, y los indios la adoran: es conducida en una silla de manos, adornada con flores y aves. Cuando la pudorosísima muchacha nota que se le va rompiendo la ropa, para cubrir sus desnudeces les pedirá que le fabriquen un vestido de sacerdotisa con hojas de palmera, y así lo hacen.

María habla de Dios con el cacique Ysotopajá (de él se dirá que era un salvaje que merecía no serlo). Coloca el crucifijo que le regalara Pedro en el hueco de un árbol y se dedica a enseñarles a rezar las oraciones básicas, como el Padrenuestro, en especial a los niños de la tribu. Dos de ellos discuten si Cristo es blanco y racional o indio, y cada cual aporta sus ingenuos argumentos en este bello diálogo:

-¿Y tú por qué dices que Jesucristo es blanco?

-Porque es *catire* y *carga* barba.

-¿Y tú por qué dices que es indio?

-Pues yo digo que es indio, porque *carga* melena y *guayuco* (p. 120<sup>19</sup>).

### 3. NOVELA COSTUMBRISTA DE AMBIENTE CASANAREÑO

*El doctor Navascués* incluye la descripción de tipos, paisajes y costumbres americanas, en concreto de la colombiana región de Casanare. Se integra, por tanto, en una conocida corriente literaria de regionalismo costumbrista (o, a veces, indigenista), y cabe indicar que el P. Fabo se adelanta en varios años a *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, cuya primera edición es de 1924<sup>20</sup>. Respecto al paisaje, a la descripción del capítulo I ya citada, añádase la del delicioso lugar de la sabana en que tiene lugar la jira (p. 47). Las llanuras de Casanare constituyen un

<sup>19</sup> Y poco después comenta el narrador a propósito del estado de abandono en que viven los indios: "Y fueron ausentándose por entre los árboles aquellos dos infelices que tenían alma inmortal creada por las purísimas manos de Dios, y eran proscritos de la humanidad, afrenta de la civilización, vergüenza de los ricos y poderosos" (p. 121).

<sup>20</sup> Cfr. el apartado "Los indígenas: brasas entre las espumas" de la introducción de Montserrat Ordóñez a José Eustasio Rivera, 1990, pp. 38-46. *La vorágine*, considerada el primer gran hito en la plasmación de una naturaleza típicamente americana (y punto de partida de una nueva fase en el camino de la expresión de temas americanos propios), influiría a su vez en obras importantes como *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos (véase Antonio Curcio Altamar, 1957, p. 217).

paisaje majestuoso, inaccesible y silencioso: "A poco, volvió a caer sobre las pampas ese silencio salvaje que constituye la sublimidad más importante de la llanura" (p. 87); "Soledad por todas partes, vegetación y silencio, pampas salvajes" (p. 127).

Como rasgos costumbristas podemos incluir la descripción (a veces mera mención) de algunas costumbres típicas. El domingo, en misa mayor, María y la Samaniego lucen la tradicional mantilla llanera y se ofrecen el agua bendita con la punta del pañuelo, "como es costumbre allí" (p. 63); la fiesta nacional se celebra con asados de becerra a la llanera y en el cumpleaños de María se bailan bailes tradicionales (*joropos, bambucos, corridos y escobillados* "de la tierra", p. 75). Se habla también, por ejemplo, de "la desenvoltura que gastan las llaneras" (p. 59, a propósito de un gesto de Lucía al rascar un fósforo para encender su cigarro). Don Eduardo, acabado tipo del llanero, usará una canción popular para aludir simbólicamente al peligro que corre Petra al enamorarse de Navascués:

Una papaya maúra  
le dijo a una verde, verde:  
er que siembra en tierra ajena  
hata la semiya pierde.  
Er amor e forastero  
e como la espina e tuna,  
que pica y deja doliendo  
sin eperansa ninguna (pp. 41-42).

El mismo don Eduardo es el encargado de describir el episodio de la caza del tigre con su "charla pintoresca" (p. 55):

-En aque *volate* de cosa, ¡qué *turutada* habían estao la mujere! Navacué *veía gato ensiyao y escurana de velorio*. ¡Gua! De por buena o de por mala el bicho, por *cosario* que fuese, *gocho* había de quedá de la oreja derecha. Nootro estuvimo medio regulá; en mi tiempo, en lo tiempo der *garrasí*, yo hubiera enviao sin tanto *broyo* a otro más *machaso* que ese a *freír mico* en un Jesús credo. Y eso que no me gusta *echármela de café con leche* (p. 55).

El 18 de septiembre, Nuestra Señora de los Dolores, es el cumpleaños de María, y Pedro le ofrece una serenata: sus amigos y él entonan "aires propios de la tierra" y suenan los instrumentos rasgueados "con aire llanero". Algunos de los versos que cantan son estos:

La estreya en er cielo,  
la luna en er carrisá,  
boquita é caña durse,  
quién te pudiera chupar.

Paloma, piquito de oro,  
que picate la guayaba,  
¿cómo quiere que yo pique  
si no me baja la rama?

De mi casa me he venío  
con er agua a la garganta  
sólo por venirte a ve,  
hermosa, paloma blanca.

Por esta caye, la larga,  
pasa el agua y no se emposa,  
por eso la yaman todo  
la caye de la hermosa.

Por esta caye la larga,  
yo sé que vive una rosa;  
aquí la estoy *aguaitando*  
para desirle mil cosa.

Adió, palomita blanca,  
adió, clavé y parmera,  
adió, cogoyo e caña,  
adió, mi linda yanera (pp. 69-70).

Por su parte, Navascués la obsequia con flores y un poema, "La casanareña" (trata de hacer pasar por suyos, adaptándolos ligeramente, unos versos que cierto galán había dedicado anteriormente a otra señorita del pueblo, mas no logra engañar a María). Son los siguientes:

La garza blanca de los esteros  
que a los primeros rayos del sol  
entre los juncos adormecida  
a orar convida con su canción,  
nunca es más bella  
con su plumaje,  
garza salvaje,  
tierna y feliz,  
que lo que tú eres,  
alondra pura  
de la llanura  
de mi país.

De la paloma de blanco pico  
plumaje rico, collar azul,  
que al aire tiende su vuelo incierto  
por el desierto bañado en luz,  
no es más hermosa  
su melodía  
que la que envía  
tu voz feliz  
cuando del pecho  
tierna se arranca,  
paloma blanca  
de mi país.

El triste rayo que da la luna  
de la laguna sobre el cristal,  
y de las flores besando el broche  
en una noche primaveral,  
nunca es más pura  
que tu mirada,  
siempre velada  
por el pudor,  
iluminada  
tu alma inocente  
que piensa y siente  
para el amor.

De estas llanuras la flor más bella,  
la blanca estrella de un cielo azul,  
reina y encanto de estos lugares  
y estos palmares, eso eres tú.  
Por eso al verte  
siempre risueña,  
casanareña,  
dulce beldad,  
yo te he ofrecido  
con mis amores  
las blancas flores  
del azahar (pp. 71-72).

En la obra se incluyen abundantes americanismos; se trata, por lo general, de palabras sueltas que aparecen destacadas en cursiva, y corresponden fundamentalmente al habla de don Eduardo, aunque

también salpican en ocasiones el discurso del narrador. El autor incluye al final una lista de "Americanismos empleados en esta novela" (pp. 133-37). Podemos destacar además la introducción de algunos dichos llaneros, como: "A rata parda, gato negro" o "El de arriba no pega con rejo ni gasta guáimaras en zamuros, pero se sale con la suya".

#### 4. FINAL

Como he tratado de mostrar, en esta novela Bogotá (representada simbólicamente en el protagonista Relamido Navascués) representa los valores negativos del progreso materialista y ateo; los indios salvajes serían la barbarie, la ausencia total de civilización. Entre ambos extremos, la verdadera civilización cristiana está representada, para el P. Fabo, por los personajes del pueblo, con formas de vida sencillas, tradicionales y muy cristianas. El mismo esquema se reitera en la otra novela americana del P. Fabo, *Corazón de oro*, ambientada en Ribaflor, un pueblo casanareño: el protagonista, Juan Andrés Meta, queda desligado de su familia al marchar a la capital a estudiar Derecho; allí conoce a su novia, que es extranjera y protestante, y sus creencias religiosas se enfrían peligrosamente; sin embargo, el regreso a su tierra natal y el contacto con su familia le devuelve a los valores tradicionales y el joven termina profesando como religioso en el Desierto de la Candelaria. En *El doctor Navascués*, el desequilibrio introducido por la presencia en el pueblo de un forastero resulta pasajero, y todo vuelve a su antiguo ser tras el "auto de fe" que sufre y que determina su expulsión. La conclusión es sencilla: entre la incultura radical de los salvajes indios guajivos y el progresismo capitalino está el punto medio de la civilización rural, cimentada en los valores cristianos (fe, religiosidad, familia, honradez, trabajo...) del pueblo, que adquiere así un valor simbólico. La dicotomía campo/ciudad se resuelve, pues, claramente a favor del primer elemento, resumen de los mejores valores tradicionales y católicos.

Como es bien sabido, la antinomia civilización (ciudad)/barbarie (campo), lema tradicional del liberalismo hispanoamericano que tiene su arranque en los postulados defendidos por Sarmiento en *Facundo* (1845), constituirá un verdadero leitmotiv de la narrativa hispanoamericana del siglo XX, y se ha convertido en patrón de lectura e interpreta-



ción de muchas obras, por ejemplo *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos<sup>21</sup>. Pues bien, podríamos considerar aportación original del P. Fabo la ampliación, en temprana fecha, de ese binomio, para plantear un esquema tripartito: indios = barbarie / campo = civilización tradicional y cristiana / ciudad = civilización progresista extranjerizante y antiespañola. Y si bien el nuevo elemento de la serie no es propiamente síntesis de los dos anteriores, al menos pretende aunar los valores positivos de cada uno de los de la dicotomía preexistente. En ese factor intermedio que añade el P. Fabo, el de la cultura católica rural, desempeña una función primordial el duro y a veces arriesgado trabajo civilizador de los misioneros, trabajo que, como es lógico, queda puesto de relieve y ensalzado en la novela de este escritor navarro-colombiano.

#### BIBLIOGRAFÍA

- AYAPE, Eugenio: *Semblanza del P. Fabo*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1974, n° 261.  
 — *Biografía del P. Fabo*, Manizales, s.e., 1941.  
 CURCIO ALTAMAR, Antonio: *Evolución de la novela en Colombia*, Bogotá, Caro y Cuervo, 1957.  
 FABO, P.: *El Doctor Navascués*, Bogotá, Biblioteca Patria, ¿1916?.  
 — *Episodios de un misionero*, Bilbao, El siglo de las misiones, 1947.  
 MEJÍA DUQUE, Jaime: "Introducción" a Tomás Carrasquilla: *La marquesa de Yolombó*, ed. de Kurt L. Levy, Caracas, Monte Ávila, 1984.  
 MILIANI, Domingo: "Introducción" a Rómulo Gallegos: *Doña Bárbara*, Madrid, Cátedra, 1997.

---

<sup>21</sup> Cfr. el apartado "La geografía y el hombre. Lectura maniqueísta: civilización/barbarie" de la introducción de Domingo Miliani, 1997, pp. 76-82; en la p. 79, nota 150 remite para esta cuestión al trabajo de Nelson Osorio, 1983, pp. 19-36. Sobre la vigencia de la antinomia hasta nuestros días, escribe Miliani: "La dicotomía de Sarmiento ha vuelto a insurgir en medio de la crisis continental que atraviesa América Latina como refuerzo a concepciones serviles de la globalización. Algunos pensadores la han desmontado críticamente. Entre ellos el maestro Leopoldo Zea. Su interpretación revisa la barbarie en la historia para apuntar en las conclusiones a una síntesis hegeliana donde civilización/barbarie "dejan de serlo para ser, pura y simplemente, expresiones del único hombre posible, con sus posibilidades e impedimentos, con sus sueños de universalidad y la conciencia de sus limitaciones" (p. 80).

- OSORIO, Nelson: "*Doña Bárbara* y el fantasma de Sarmiento", *Escritura*, Caracas, 1983, pp. 9-36.
- PÉREZ OLLO, Fernando: "Fabio Campos, Pedro", *Gran Enciclopedia Navarra*, tomo V, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1990, p. 63.
- RIVERA, José Eustasio: *La vorágine*, ed. de Montserrat Ordóñez, Madrid, Cátedra, 1990.